

LA FILOSOFIA EN LA UNIVERSIDAD

GONZALO MARTNER G.: *Estructura del orden social en nuestro tiempo*.—(Cátedra de Sociología del Prof. Eugenio González R., Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.)

De importancia fundamental en nuestra época, lo social ha sumido la conciencia humana en la más viva y profunda preocupación. Violentas transformaciones tanto en las necesidades como en los propósitos, han creado una cadena ininterrumpida de problemas que entorpecen la conducta humana.

Estas rápidas mutaciones sociales se están produciendo por los efectos que trae la faena bidimensional que cada generación debe realizar. Consiste la primera de ellas en recibir lo vivido, esto es, las instituciones, ideas, etc., elaboradas por la generación antecedente y que constituyen la herencia social, y la otra en dejar fluir la propia espontaneidad, la imaginación creadora. El espíritu de cada generación resulta de la ecuación que estos dos ingredientes formen, de la actitud que ante cada uno de ellos adopte la mayoría de sus integrantes, según afirma Ortega y Gasset. Si se inclina por lo recibido, la sociedad permanecerá estática, las antiguas normas de conducta perdurarán y con ello se detendrá el progreso; si por el contrario trata de sustituirlas advienen etapas de construcción, de renovación de valores.

La herencia social que se recibe comprende un conjunto o sistema de valores, meta hacia la cual dirige su conducta, un sistema de medios para alcanzar sus fines y un sistema de relaciones entre los individuos de la sociedad, o sean, una cultura, una técnica, y un orden social. Ahora bien, estos factores, sumados a los psicológicos, biológicos, físicos, legales, etc. cuya preeminencia respectiva ha sido sustentada por Pareto y Tarde, para los primeros, por Gobineau, Rossemberg, Hintington y otros, para los restantes, influyen indirectamente en la conducta social, en la medida en que son tomados en cuenta por el sujeto actuante.

Como es preciso que el hombre se adapte a su medio ambiente, se incorpora a la sociedad a través de la cultura, logrando adaptarse también, por medio de la sociedad, indirectamente a la naturaleza. El individuo tiene asimismo necesidades que satisfacer, lo cual significa conseguir, viéndose obligado así a actuar, dando lugar a una conducta que viene a ser la resultante de la apreciación que ha hecho de la cualidad vista en una cosa,

a la cual atribuye capacidad para satisfacer su necesidad. En consecuencia, el hombre, al dirigir su conducta, luego de aprehender las necesidades, valora; valoraciones éstas que sistematizadas forman en último término su propia personalidad.

El hombre se encuentra generalmente ante la alternativa de aceptar íntegramente los valores que le impone la sociedad o de formularse, inspirado en su experiencia y razón, otros nuevos. Cuando les son impuestos (todo orden social impone valores bajo cuyo imperio se ordenan los hombres) constituyen una «norma» que precisa ser cumplida para evitar al consiguiente sanción. Pues bien, como en la sociedad contemporánea existen sistemas de valores diferentes para orientar la actividad humana, han aparecido corrientes que aspiran a conservar la organización social imperante, y corrientes renovadoras que se proponen reformar totalmente las normas e instituciones que regulan la conducta. Hoy en día, los hombres colocados ante las mismas situaciones, realizan cosas opuestas, debido a la diferente evaluación que hacen de las circunstancias y condiciones en que actúan: no existe convergencia espiritual. No todos los ciudadanos se rigen por concepciones del mundo, ideas, sentimientos, creencias, etc., ni sistemas de valores similares, hecho que ha determinado la quiebra del consenso indispensable para la estabilidad de todo orden social. Se ha producido así la pérdida de la correlación orgánica entre las instituciones, síntoma del desorden que caracteriza a esta época revolucionaria de la humanidad.

En la sociedad en que vivimos, el hombre ha tomado plena conciencia de que las normas que rigen su vida social no le permiten satisfacer sus necesidades fundamentales, y está disponiéndose a imponer una nueva fórmula, basada en que todos los hombres compartan una misma escala de valores, que se traduzca en las actitudes convergentes requeridas para el establecimiento de un orden que permita el desarrollo integral de la personalidad de cada uno de sus integrantes. Pretende solucionar los problemas de orden político, familiar, económico, sanitario, educacional, moral o institucional que lo preocupan preferentemente.

Sin embargo, la interrelación de estos problemas ha determinado que sus soluciones deban ser abordadas en conjunto, en forma total. Por lo demás, a raíz de la evolución cultural, ellos parecen multiplicarse, y es así como tan pronto comprobamos en una sociedad la existencia de dos grupos con diferentes apreciaciones valorativas, tenemos la certeza de que hay un problema social en potencia, pues en el fondo de éstos existe una divergencia valórica.

Conscientes, así, las generaciones nuevas de que las normas que han recibido de las anteriores por haberse quebrado la convergencia que debe existir entre la teoría y la experiencia, no les permitirán conducir su vida y su conducta sin contradicciones, someten a severa crítica la herencia social recibida y están dispuestas a dejar fluir su propia espontaneidad, su imaginación creadora, para armonizar un sistema valorativo en el que se inspire un nuevo ordenamiento social que posibilite el pleno desarrollo de la personalidad humana.

EDUARDO CORDERO GONZALEZ. *Descartes y Montaigne el método*.— (Cátedra de Introducción a la Filosofía. Prof. Sr. Mario Ciudad V. Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile).

Lo primero que resalta al establecer un paralelo entre los métodos de la Montaigne y Descartes es su concordancia en una idea: la importancia que dan a la duda como un eje común, sobre el cual giran y avanzan sus razonamientos. Interesa seguir las caprichosas formas y los encontrados caminos que esta duda va tomando en ambos filósofos.

Descartes duda porque siente necesidad de dudar, porque su razón no le permite aceptar sin examen cosa alguna. Rechaza todo aquello que en su quebradiza estructura sea incapaz de resistir la dura y terrible duda, o sea, es la duda el manantial de donde manará claro y nítido el conocimiento. La duda es el prefacio de la verdad, del conocimiento perfecto. Y así llega a establecer su célebre principio: «Cogito ergo sum», comienzo de una nueva época, que nos permite decir junto con Bergson, que Descartes es el padre de la filosofía moderna.

Montaigne, al igual que su predecesor, inicia su carrera inducido por las mismas inquietudes, pero contrariamente a lo que podría esperarse, no siguen sendas paralelas, a pesar de encontrarse, ambos, cobijados bajo el alero de la duda. Es así como sus sendas divergen enormemente. En Descartes, ella lo lleva a concebir el conocimiento, en cambio, en Montaigne, la duda lo lleva a la acción. La duda de Montaigne tiene una naturaleza distinta a la de su ilustre lector; su duda es más bien amarga, quejumbrosa, no finaliza como en Descartes en la tranquilizadora certidumbre. Al contrario, lo torna incrédulo y tímido. Por medio de ella llega a establecer ciertos principios, pero sólo temporales, que duran lo que abarca una época, que carecen de la trascendencia de los principios cartesianos.

Es fácil darse cuenta que la duda de Descartes tiene como finalidad la tranquilidad espiritual e intelectual, tranquilidad por la que claman los espíritus de la época; en cambio Montaigne lo hace por que teme por «su» futura felicidad terrenal. El uno preconiza la verdad, la perfección, y el otro la acción, la felicidad personal. Si caracterizamos a Descartes por su célebre «cogito ergo sum», es posible identificar a Montaigne, además de su conocido ¿Qué se yo? por aquella frase suya «La vida vale la pena de ser vivida».

Descartes no recurre a la experiencia, pues teme deducir la verdad por un medio tan inseguro que, según él, nunca presenta una certeza absoluta, es por eso que para establecer sus verdades recurre, después de haber pasado por el terreno intuitivo, al seguro auxilio del discurso. La razón es para él veracidad; se le hace imposible pensar que recurriendo a la lógica pueda llegar a una falsa concepción de las cosas o los hechos.

En Montaigne sucede lo contrario, para él es más segura la experiencia. La razón no tiene la importancia dada por Descartes, y es forzoso pensar así cuando se lee a Montaigne, porque no se puede interpretar de otro modo su acendrado tono de amargura, de

pesimismo, cuando se refiere al pensamiento humano, al que siempre trata como algo inestable en el que no se puede confiar, puesto que todo ello cambia.

El acentuado individualismo que encontramos en Montaigne es otro de los aspectos en que diverge con Descartes. Prueba concreta de ello es la base de sus experiencias, todos los estudios sobre el hombre los realiza sobre él, en él resume la perfección y la imperfección, y cree encontrar la verdad cuando ésta produce felicidad en él, sin atreverse siquiera a romper los estados latentes, por temor a que ello traiga consigo algún dolor o desdicha, en vez de la felicidad por él esperada. Cuando dice que «su método es para él y los pocos que quieran seguirlo» estampa su sello netamente individualista.

Cuánta divergencia con Descartes se revela en esta cita, pues éste jamás pensó en adquirir conciencia de la verdad con el afán único de satisfacer sus ansias de saber, sino con el fin de dar estabilidad a los conocimientos, impulsado sólo por ese grandioso amor a la verdad que siempre lo guiara. Podemos, entonces decir, como síntesis, que Montaigne carece de la transcendencia de Descartes por la sencilla razón de que éste fué iluminado en su obra por un sentido más universal, más seguro. Y podemos agregar, sin temor a equívoco, que Descartes es el creador de las ciencias positivas modernas.